

ADVIERTO, PUES, que es muy importante colocarse exactamente en el lugar de la estatua que vamos a observar. Es preciso comenzar a existir con ella, no tener más que un solo sentido cuando ella sólo tiene uno, no contraer sino los hábitos que ella contrae; en una palabra, es preciso ser sólo lo que ella es. La estatua juzgará las cosas como nosotros sólo cuando tenga todos nuestros sentidos y toda nuestra experiencia, y nosotros juzgaremos con ella sólo cuando supongamos que estamos privados de todo lo que le falta. [...]

Para cumplir con este objeto, imaginamos una estatua organizada interiormente como nosotros y animada por un espíritu privado de toda clase de ideas. Supusimos, además, que el exterior de mármol no le permitiría el uso de ninguno de sus sentidos, y nos reservamos la libertad de despertarlos, según nos pluguiera, a las diferentes impresiones de que son susceptibles. [...]

La estatua, limitada al olfato, no puede conocer más que olores.

1. Los conocimientos de nuestra estatua, limitada al sentido del olfato, sólo pueden extenderse a los olores. No puede concebir las ideas de extensión, de figura ni de nada que esté fuera de ella o fuera de sus sensaciones, ni tampoco las ideas de color, de sonido o de sabor.

Con relación a sí misma, la estatua no es más que olores.

2. Si le presentamos una rosa, nuestra estatua es, con relación a nosotros, una estatua que huele una rosa, pero con relación a sí misma no es más que el olor de esa flor.

En consecuencia, es olor de rosa, de clavel, de jazmín, de violeta, conforme a los objetos que actúen sobre su órgano. En una palabra los olores sólo son para ella sus propias modificaciones o maneras de ser, y nuestra estatua no podría creer que es otra cosa, ya que éstas son las únicas sensaciones de que es susceptible.

No tiene ninguna idea de materia.

3. Que los filósofos a quienes parece tan evidente que todo es material se coloquen, por un momento, en lugar de la estatua e imaginen cómo podrían sospechar que existe algo que se parezca a lo que llamamos materia.

No es posible mayor imitación en los conocimientos.

4. Por consiguiente, podemos estar convencidos de que bastaría aumentar o disminuir el número de sentidos para que formuláramos juicios enteramente diferentes de los que hoy nos parecen tan naturales; y nuestra estatua, limitada al olfato, nos permite formarnos una idea de la clase de seres cuyos conocimientos son los menos extensos de todos.

¹ CONDILLAC: *Tratado de las sensaciones*. Eudeba, Buenos Aires 1963, pp. 60-68.